

9

A todos los mendigos -olvidada estampa Berciana-, que portadores de una rancia sabiduría popular recorrieron ciudades y pueblos, repitiendo leyendas, coplas, a cambio de un mendrugo de pan y un atrio para posada, con ese sentido estoico y providencial de la existencia que hoy extrañamos...

LA BOTILLADA

El viejo Eloy, Correcalles, se ajustó el único botón que le quedaba en el gabán, sonó fuerte la nariz, terció la raída alforja, se frotó las manos rugosas, echó un vistazo a la bocacalle y comenzó su jornada pedigüeña. Los Portales del Santo habían sido testigos mudos de aquella noche de perros, rutinaria para Eloy.

- Una limosnita por amor de Dios...! - Imploró Correcalles, tendiendo un viejo y mugriento sombrero, dejando al descubierto una tupida cabellera de lacio pelo canoso. La puerta se entreabrió y una niña de vivaces ojos habladores entregó modosita una moneda al mendigo. No había llegado al fondo del sombrero, cuando la atrapó Correcalles y la trasladó presto a su bolsillo.

- Que el Santo me la bendiga... y démele motia suerte...! - Dijo ritualmente.

Correcalles, llamó a un sinfín de puertas. El " que Dios le appare", le desalentaba. Ya se hacían pocas caridades y abundaban los que sólo depositaban en sus manos desperdicios que él, por educación, no rehusaba; peor era, cuando las puertas se cerraban ante sus narices con malos modales o palabras ofensivas, " como si el pedir fuera un capricho, y no una necesidad para un hombre como yo...", se lamentaba Correcalles.

Tras el habitual recorrido, torció calle abajo, evitando invadir los dominios de la Feli, pobre de solemnidad como él, y con el palo siempre listo cuando Correcalles no respetaba lo convenido. Ya la guipó encorvada, con sus viejos zuecos herrados, su pañolón anudado en la cabeza, sus andares torpes y aquella saya parda, que no apeaba en todo el año.

- Ave María Porísima...! - Decía la Feli con voz pastosa, ronca y avinada.

Correcalles la observaba con ojillos picarones. Un hombre salió a la puerta y al ver a la Feli, se le encaró:

- Otra vez por aquí...? - Tronó.

- Una cumple, señora...! - Dijo la Feli, sosteniendo la tormenta.

- Ayer, con el dinero que te dio mi señora - puso énfasis en las últimas palabras y arremetió-, agarraste una buena moña... y hoy vuelves por otra, no es eso...?

Correcalles vio cómo la Feli lo miraba, movía la cabeza amenazante y con gesto repetido le indicaba que se fuera. Se dio media vuelta y caminó pegado a la pared, lento, la mano en el bolsillo, contando lo recaudado sin necesidad de sacarlo, percibiendo de la bronca sólo un murmullo lejano. Dijo mentalmente: "Tres reales... pa tabaco y vino, cortezos haylos na quilma..."

De frente, y procedente del Barrio de la Estación, amaneció Tiburcio, renqueante, con su postiza pierna de madera que no restaba garbo a su andar. Era su tributo generoso a la Guerra de Cuba. Una bala perdida y una posterior gangrena la robaron la derecha y la brindaron la posibilidad de añadir a su condición de pobre, la de mendigo-podiosero y mutilado de guerra..." y a moita honra...!", decía orgulloso cuando le llamaban "Pata Palo".

Correcalles, acomodado en la acera de la Plaza y recostado en una columna de madera de los Soportales del Ayuntamiento, seguía implorando la caridad de los pocos transeúntes. Tiburcio, por todo saludo, golpeó cariñosamente la pierna del anciano con su gloriosa pata de palo, y se sentó.

- Buenos días...! - Contestó Correcalles.

- Ni tan buenos que digamus...! - Refunfuñó firiente el cojo-.

Cun esta invernia palmamus...! Ahoa, nieve, friyo...! Cumo 'l corazón de las gentes... non dan una gorda. Fañica unu 'n balde...!

Ambos miraban en una galería, tras la cristalera, la figura de una joven mujer. Se le escapó alocada la fantasía a Correcalles: "Qué bien viven nesas casonas...! Tomar agora las dieces, un buen cocido a las doce y na noite dormir nuna buena tarima...! Eso

sí ye vida...! ", suspiró y extendió el sombrero al paso de varias ancianas, que procedentes de la Villa Vieja, se dirigían hacia la Iglesia.

Sonaban los zuecos en el Callejón de la cárcel más ligeros que de costumbre y apareció agitada la Feli, blandiendo a modo de honda un ceniciento, arrugado y rancio botillo. Dirigiéndose a Correcales le increpó:

- Reíaste eh...! Mirái...! - Y alzaba el trofeo en su mano mendicante-. Dieronmelo ende la casona. Toma Feli, díjome, también los pobres tenen derecho a probar el botillo. Yo non le creyía, pero díjome outra vez: Tómallo muyer... ye pa ti, y que t'aproveche...! "Perdono 'l coscorrón pol bollo...!" - Invirtió el refrán y miró burlona a Correcales.

- Semos ricos...! Untavía hay almas caritativas...! - Corregía Correcales sus desatinados pensamientos.

- Un momento... un momento...! - Atajó la Feli, temblándole el labio inferior.

El cojo, adivinando su intención, medió conciliador:

- Muyer... non t'enfosques...! Las piezas mayores s'acordó compartilas... Non ye asina...?

- Ansí yía...! - Dijo seca la Feli-, pero este maula bien reyíase cuando.... Ganas danme de zamparlo sola...!

- Deso ni hablar...! - Dijo el cojo, poniéndose de pie más rápido que de costumbre-. Semos una familia, y lo acordao, ye lo acordao...!

- Esu... Esu...! - Apoyó Correcales.

La Feli, borracha, pero no rencorosa, tocó el bolsillo del viejo, lo miró a los ojillos y rió indulgente y adúladora, abrazándose a él .

- Ojo con los abusos...! - Advirtió Tiburcio-. Empleado de la derecha, pero non ciego...!

- Célaste cariño...? - Hizo la Feli un mohín-. Soy tuya, bien sabedes...

- Haiga paz...! - Vociferó Correcalles-. Los pobres también tenemos moral...!

- " Pongan atención, señores...!

lo que les voy a contar..."

La casa de pobres de San Román albergó aquella noche al ciego y al niño, que madrugadores aparecieron por el lado del Mesón Real. Lázaro tiró de la mano del abuelo, venerable la barba blanca en contraste con su ajado y negro sombrero, apurando hacia la Plaza.

- Non se moleste, abuelo, peme que non anda un ánima en toa la calle...!

- Mal día de Dios éste...! - Dijo el ciego malhumorado.

- Qué novedá traedes...? - Gritó Correcalles al ver al ciego.

- Una coplita dantaño. Neste cochino mundo nunc' hay nada nuevo...!

- Dijo de mala gana.

- Canta...canta...! - Dijo la Feli alborozada-. Qu'hoy tamos de disanto...!

Julián, el ciego, templó el violín, escupió en las yemas de los dedos, tensó el arco, carraspeó y con voz desafinada y gangosa semientonó:

- " En la Villa de Bembibre

una noble se casó

con un hombre palaciego

y d'alta condición..." - Y arrastró las últimas notas.

- Calla, calla... d'una vez...! Nos tien locos a tous, siempre con el mesmo soniquete...! - Vociferó Pata Palo.

- Un respeto a los artistas...! - Exigió Correcalles.

- Artista de quéi...? - Replicó Pata Palo.

Lázaro había extendido maquinalmente su mano y el frío recorrió su palma, llegó hasta las puntas de los dedos y se alojó en las uñas amoratadas y sucias.

- A chitar...! Nusotrus a lo nueso...! - Cortó la Feli-. Esas discusiones a qué diablo vienen...? Mirái: Correcalles vai en busca de leña, Lázaro col puchero que traiga l'ugoa y nos ajuntamos nel Portal del Santo... questo ye un abesedo...!

La Feli, el ciego y Pata Palo subieron la empinada y empedrada Cuesta del Palacio, atravesaron el recinto Ferial, tomaron el laberinto de callejuelas y salieron por la calle del Santo a los Soportales, donde ya Lázaro esperaba. Llegó Correcales con el feje de leña y en pocos minutos encendieron un fuego aliviador, cuyas llamas casi tocaban las vigas del recinto. La Feli rebuscó en su zurrón, sacó unas patatas y se dispuso a mondarlas, cortándolas en cachelos.

- Yel repollo...? - Preguntó Pata Palo.

- Ven iquina, zahuril...! - Ordenó la Feli y susurró algo al oído de Lázaro, señalándole las linares cercanas-. Este salió corriendo y al rato regresaba con dos hermosos repollos que aún destilaban escarcha.

- Oyíme, ciego...dícenos alguna hestoria desas pra matar l'hambre. - Sugirió Correcales.

- Qué pue contar un pobre ciego cumo you...? - Lamentó haciéndose de rogar.

- Sí home...! - Dijo Pata Palo-. Aquello de Villafranca...!

- Tando yo en Villafranca -comenzó el ciego-, tierra de moita plata, hablo denantes -subrayó-, compartía l'honroso oficio de pedir cun outros, pero 'l jefe era you... -puntualizó.

- Claro, teníades mellor vista qu'agora...! - Interrumpió Correcales.

El ciego restó importancia a la interrupción y continuó halagado:

- Cumo vos diba diciendo, ya de mañana fuime pa la puerta las Franciscas, ende esperábame la cumpursa y díjeles: non vayades a petar templano, a la gente non le gusta. Las muyeres tan cocinando y non débeseles molestar, esperái a que you dé la orden y salimos d'estampida, pero agora naide se mueve...! Dejélos convenidos, estonces larguéme cumo que dib'a facer un recaó; cuando regreséi al mediodía alcontrélos illina cun unas polien

- das...! Insultáronme, a poco estovieron de zurrarme...discolpéme cumo Dios diome a entender, pero truje a buen recaudo mis ocho riales, rebojos abondo y dos coartales de centeno.
- Qué jodio ciego...mal avío fecísteles...! - Dijo la Feli jocosa.
- Al que Dios non daile vista, tien que dale astucia...! - Se justificó ladino el ciego.
- La Feli, echaba en aquel momento el repollo, y todos a una aspiraron profundo, aprovechando que el puchero quedó destapado.
- Este diz la comenencia... - Dijo Pata Palo-, pero non lo del duro... Eso non quier decilo...!
- Cómo fuei eso del duro...? - Inquirió la Feli curiosa.
- Non quier...! - Repitió Pata Palo, urgó en el bolsillo, sacó una colilla, tomó un tizón y encendió-, pero bien vilu you. Fuei en Losada, po las Fiestas. Un grupo de mozos, reuniólos a él y a outro ciego, El Mosco, sí home, el que morréu afogao nun pilu de mosto. Pus cumo diba contando, uno de los mozos, l'habanero, farfantón y chulo él, tiróles un duro de plata, cantó 'l metal nas piedras y díjoles: la metá pa cada unu... pero cogiólo él... y si viérades al Mosco y a éste andar a la pelea nel polvo pa ver quien apañaba 'l duro... y los mozos, risa que risa y tapábanse la boca pa questos pánfilos n'oyeran. Damé la metá...!, gritaba el Mosco, qu'apañástelo tú. Yo non, decía éste, tiéneslo tú...! Cansaos de pelea, el Mosco pidió justicia a los mozos: Díganl'a éste que me dé la metá, quel duro ye de los dos y apañólo él...! Buena farra armaron a cuenta destes dos bobateles...!
- Todos reían, menos Lázaro y el ciego.
- Qué cómo vai ese botiello...? - Cortó agrio el ciego-. Ya estáme dando el tofillo ese na nariz...
- Sí... serái cumo 'l tofillo del duro...! - Bromeó Pata Palo. Volvieron las risas.
- Ay, condenao... ver non vrás, pero bien oles...! - Dijo la Feli, mientras pinchaba el botillo-. Haiga calma, ainda fálta-

le un siesnoés...-, y se relamió.

Lázaro atizaba la lumbré, soplabá y lanzaba el puchero miradas envolventes, tragando saliva. El ciego volvió a la copla:

- "Don Enrique fuei a la guerra
y su esposa l'engañó...
a la vuelta de la guerra
aquei noble caballero,
en la torre la 'ncerró..."

- Bueno, cómo s'acaba eso...? - Inquirió burlón Pata Palo, sólo por molestar al ciego. Este ni se inmutó, pero no quiso seguir. Lázaro, queriendo ayudar al abuelo y apurar la hora de la comida, recitó de memoria:

- "Avisado fuei 'l verdugo
y sabido 'l confesor
y firmada la sentencia..."

- Y complióse...? - Dudó cínico Pata Palo.

- Claro...! - Afirmó el niño-. Verdá abuelo...?

- Chacha...! Llobos la coman...! - Dijo la Feli torciendo su boca incrédula.

- "Unos al hoyo y otros al bollo..." - Sentenció Correcalles.

Ahrieron sus macutos y sacaron un buen mendrugo de pan de oscuro centeno. Correcalles lo desmigajaba y se lo echaba a la boca con parsimonia. Pata Palo abrió su vieja navaja, limpiándola en el ferro de la chaqueta. La Feli, los puso en corro en torno al rescaldo y anunció:

- Sentaivos...primero 'l repollo y los cachelos, después el botillo...-, y todos asintieron con la cabeza.

En una fuente de porcelana saltada, iban por turno metiendo su mano, menos la Feli que, provista de un oxidado tenedor ponía orden, educación y respeto en los comensales.

- Dispacio...! - Dijo Pata Palo-. La comida con priesa non sienta nada bien, da rayadas nel estómagu...!